

Arturo Serrano Plaja

Sonetos de Claude (*)

I



ESPUES de aquella España desgarrada,
de aquella hundida cueva de amargura,
de aquella guerra triste y tan oscura
he venido a pararme en tu mirada.

Apenas si mi sangre dislocada
por tanto ventarrón, tanta locura,
puede medir la paz en tu tan pura
y adolescente frente sosegada.

(*) El autor del celebrado libro de versos *Sombra indecisa*, se encuentra entre nosotros, viviendo la incertidumbre de la distancia impuesta por la dura realidad de la revolución española. Serrano Plaja formó entre los más señeros de los poetas jóvenes de España y perteneció al grupo selecto de los que mantuvieron por encima del estruendo de la guerra civil, el sentimiento de una España literaria auténtica en una revista famosa: *Hora de España*. Los sonetos que damos en este número, entregados por el autor a la revista ATENEA, contienen el sabor inconfundible de la forma tradicional española, a la vez que la innegable belleza y delicadeza de los conceptos.—(N. de la D.)

Déjame que te mire nuevamente:
con tu ligero aspecto tembloroso
de pájaro celeste aquí caído

me das una verdad clara y ardiente,
me cambias un horror por un gozoso
sentirme ante tu gracia conmovido.

II

De tanta soledad, de tanta muerte,
de tanto sufrir hondo y sin consuelo
apenas si otra cosa que mi duelo
esperaba yo lejos de mi suerte.

Y al cabo del dolor vengo yo a verte,
vengo a sentirme huésped de tu suelo
y a serenar mi sangre en un desvelo
que tiene por misión reconocerte.

Aquí estoy en silencio solamente.
Aquí pronuncio un nombre y a mi grito
aquí vuelve un milagro la cabeza

con un temblor moreno, mansamente.
Mi tímido recuerdo queda escrito
y en él y con mi pluma, tu pureza.

III

Del fondo del abismo de amargura,
de la siniestra cueva tenebrosa,
donde teje su tela peligrosa
la araña de la muerte tan obscura.

De España y su frenética locura
cruzaba yo su puerta dolorosa
y una mano de luz pura, piadosa,
me señaló tu frente y tu figura.

Caída levemente, a campanadas
de sosegadas horas apacibles,
tu gracia de crepúsculo extendía

su manto de ternura: delicadas
naciones luminosas, preferibles,
al llanto, en el amor, sustituía.

IV

No sólo dejo atrás muerte que yerra.
Tengo, además de rabia, furia y pena
para ofrecerte pura, una cadena
de gloriosa memoria de mi guerra.

Una llama vivísima que encierra
nuestra llama de amor y, más serena,
se eleva indestructible, crece y suena,
a viva libertad alta en la tierra.

Como un árbol sincero nos ampara:
a ti, de tu indefensa criatura
y a mí, de mi recuerdo desterrado.

Que la encendida España que he dejado
en esa pasión doble se asegura
como una doble espada que se alzara.

V

Adversas otro tiempo dos banderas
celosas de su nombre y sus colores,
de nobles sufrimientos y dolores
levantan hoy unidas las enteras

pasiones de sus luchas verdaderas.
Ungidos a tu gracia los fulgores
franceses y a mi amor los resplandores
de mi España hoy dolida, las señeras

señales de dos patrias confundidas
por nuestro amor creciente, se hacen una.
Azul, blanco encarnado y encarnado

amarillo y morado, ¡qué encendidas
luminosas naciones! Sol y luna:
dos pueblos en mi boda se han casado.

VI

Con las alas abiertas, malherida
de pura transparencia marinera,
admíteme en tu barca pasajera
de todo un largo viaje, de una vida.

Anuncian las sirenas la partida
con un clamor de gozo por bandera,
en tanto que la mar en la escollera,
su blanca espuma deja, enardecida.

En esta noche obscura y sosegada,
postrera de una vida que termino,
un rayo me ilumina de tu frente:

la pura luz, opaca en tu mirada,
con solo imaginarla en mi camino
me alumbra y me consuela eternamente.

«La Merigote», 17 de junio de 1939.